

no experimentaban ninguna necesidad de influir sobre las masas, de ponerse en comunión con la humanidad; el orgullo de la ciencia ahogaba al amor: solamente la caridad podía producir apóstoles. Por esto, al exaltar á los pobres de espíritu, manifestó Cristo un profundo conocimiento de las necesidades de la humanidad; en ellos no encontraba el orgullo que aísla, sino la caridad que une (1). Unos pobres pescadores llevaron á cabo aquella obra, ante la cual habian retrocedido los filósofos. Digamos, despues de esto, para hacer justicia á los filósofos, que la misión de la filosofía no es ser una religion. Sería un grave error el suponer que las especulaciones filosóficas pueden reemplazar á las creencias religiosas. La fe se dirige al sentimiento, la ciencia á la razon. Todos los hombres experimentan la necesidad de creer, al paso que la indagacion de la verdad será siempre patrimonio del menor número. Aun cuando comprenden los mismos problemas, Dios y el hombre, la filosofía y la religion están, pues, forzosamente separadas. Sin embargo, la misión de los filósofos se relaciona con la de la fe: la combaten, cuando se presenta en oposicion con la razon; preparan los dogmas del porvenir, ilustrando á los hombres acerca de su destino y de sus relaciones con el Sér Supremo. La filosofía antigua no fué infiel á esta elevada vocacion, puesto que sus enseñanzas estaban casi completamente conformes con la predicacion de Cristo.

(1) AUGUSTIN, *De Civ. Dei*, VIII, 17; IX, 20.

CONCLUSION.

DECADENCIA DE LA ANTIGÜEDAD.

Hemos llegado al fin del mundo antiguo. Roma va á desaparecer para hacer lugar á los Bárbaros; el cristianismo se levantará sobre las ruinas de la civilizacion greco-romana. Esta decadencia no es un hecho particular de los Romanos; los Asirios, los Medos, los Persas, los Cartagineses, los Griegos habian bajado á la tumba ántes que los Romanos. La muerte de los pueblos es un carácter distintivo de la antigüedad. En la época moderna las naciones civilizadas no perecen ya; solamente las razas salvajes se extinguen.

Durante siglos enteros la antigüedad estaba espirando, sin tener conciencia de su próxima muerte; pero cuando se reunió en un solo imperio una gran parte de la tierra conocida, el espectáculo de las ruinas acumuladas por los conquistadores acabó por llamar la atencion. Un diálogo de Luciano nos presenta un notable testimonio de la impresion que produjo sobre los contemporáneos la disolucion de la sociedad antigua.

Caron quiere presenciar el espectáculo de la vida humana, por cuya falta ve llorar todos los dias á las sombras. Mercurio le sirve de guía; presenta á sus ojos el cuadro de las miserias del hombre y de la vanidad de sus trabajos; le hace ver la fuerza, la gloria, el poder, la riqueza sepultados en el abismo inmenso de la nada. «¿Quién es aquel hombre de aspecto venerable que, á juzgar por la apariencia, no pertenece á la raza helénica? — Es un gran conquistador, vencedor de los Asirios; acaba de tomar á Babilo-

nia, va á atacar á Crespo, aspira al imperio del universo. El rey de Lidia está sentado en su lecho de oro, en su capital rodeada de triple muralla; está discutiendo con Solon acerca de la felicidad; envía magníficos presentes al dios de Delfos, en pago de los oráculos que le han de conducir á su ruina. — Con que esa cosa que brilla con un color rojo apagado, dice Caron, es el oro de que estoy oyendo hablar sin cesar. — El cual se disputan encarnizadamente los hombres, repuso Mercurio; la sed de oro engendra la navegacion, el comercio, la esclavitud, las muertes y las guerras. Solon intenta inútilmente hacer comprender á Crespo que la felicidad no consiste en la riqueza; el rey no recordará los consejos del sabio sino cuando se vea sobre la pira. Ciro será á su vez víctima de su ambicion. ¿Ves aquella mujer que va galopando montada en un caballo blanco? Es Tomiris, la reina de los Escitas, que ha de cortar la cabeza al Gran rey para echarla en una odre llena de sangre. El hijo del conquistador, despues de haber sufrido muchas desgracias, morirá loco. — Es cosa de risa, exclama Caron, el ver á esos hombres llenos de orgullo y que van á ser víctimas de un destino fatal. » El barquero aplaude la inflexible justicia de las Parcas: «Es necesario, dice, que los reyes aprendan que son hombres; se alegra de verlos en su barca desnudos, sin trajes de púrpura, ni tiara, ni lechos de oro. » Despues de esto, aparece ante Caron la multitud de los mortales; creen disfrutar eternamente de sus bienes, y á cada momento los terribles ministros de la muerte vienen á recordarles que la vida no es más que un viaje, y que se sale de ella como se sale de un sueño. Para tener completo conocimiento de la existencia humana, Caron hace que le enseñen las moradas de los muertos, y las ciudades más célebres que habitaban durante su vida, Nínive, Babilonia, Micenas, Cleone, Troya: «Nínive, responde Mercurio, ha perecido, y no se sabe ni el lugar que ocupaba. Hé ahí á Babilonia, adornada de torres, orgullosa con sus murallas; de aquí á poco se preguntará con curiosidad dónde estuvo la reina de las ciudades. En cuanto á las ciudades griegas de Micenas, Cleone y Troya, eran poderosas en otro tiempo, aún cuando el poeta ha exagerado su gloria; hoy han muerto, porque las ciudades mueren lo mismo que los hombres; la naturaleza misma no está exenta de esta ley

de destruccion. » Si Luciano hubiera trazado la escena de su diálogo algunos siglos más tarde, ¡cuántas ruinas hubiera podido añadir á las que enumera! De cualquier modo el cuadro es completo; es la ley de la muerte que domina al mundo entero.

La ironía de Luciano es en el fondo la expresion de la tristeza que debian sentir las inteligencias elevadas á la vista de la decadencia universal de la sociedad. Hay una prueba notable de esta melancolía en una carta de Servio Sulpicio á Ciceron: «Regresaba de Asia.... Me puse á considerar de léjos los países que me rodeaban. Detras quedaba Egina, delante estaba Megara, á la derecha el Pireo, á la izquierda Corinto; estas ciudades, en otro tiempo tan florecientes, no presentaban á mi vista más que desolacion y ruinas; este cuadro me hizo concentrarme en mí mismo. ¡Y bien! me dije, ¿por qué hemos de quejarnos, nosotros cuyas ley es vivir tan poco relativamente, al ver sufrir ó morir á uno de nuestros semejantes, cuando en un solo punto yacen amontonados tantos cadáveres de ciudades?» (1). A la vista de estas señales de decadencia, los antiguos no tenian más que el sentimiento de la inestabilidad de las cosas humanas; faltándoles la creencia en el destino progresivo de la humanidad, no podian hacer más que sufrir la ley de una fatalidad ciega. Nosotros que tenemos fe en el progreso y que sabemos que la muerte de los pueblos, así como la de los individuos, es una palingenesia, podemos considerar el espectáculo del Imperio romano moribundo, no con indiferencia, porque se trata de los sufrimientos de la humanidad, pero al ménos sin desesperacion.

Se compara muchas veces nuestro estado social con la condicion del género humano bajo el Imperio. Si no se considera más que la ruina de las creencias antiguas y la necesidad de una regeneracion moral, se encontrará notable semejanza entre ambas épocas. Hay, sin embargo, una inmensa diferencia entre las sociedades modernas y el Imperio romano. A pesar de nuestra aparente decrepitud, avanzamos, vivimos, al paso que la antigüedad se moria. Hoy la poblacion aumenta en espantosa progresion; al final de la anti-

(1) CICER., *ad Famil.*, IV, 5.

güedad disminuía rápidamente (1). Los hombres libres formaban una verdadera aristocracia, y la Providencia castigó la desigualdad con una pena fatal, la muerte: «Las clases superiores se gastan, se enervan, dice un gran historiador, tienen necesidad de renovarse incesantemente por medio de la inmigración de las clases que viven debajo de ellas» (2). En la antigüedad esta renovación era imposible, porque mediaba un abismo entre el hombre libre y el esclavo. La población disminuía, y sin embargo, cada día encontraba más dificultad para vivir. La Italia, «la antigua madre de las mieses», no podía ya alimentar á sus escasos habitantes. Tácito decía ya que sin el extranjero la Italia no podría subsistir, que todos los días la vida del pueblo romano estaba á merced de las olas y de las tempestades (3). Hacía mucho tiempo que el pueblo rey se había acostumbrado á una ociosidad completa (4), los habitantes de las otras ciudades del Imperio estaban igualmente degradados. Los campos parecían desiertos por los cuales vagaban los rebaños de los senadores, guardados por algunos esclavos. «Había aún ciudades, pero no había campos, había circos, arcos de triunfo, pero no cabañas ni labradores. Los magníficos caminos esperaban siempre al viajero que no pasaba ya; los suntuosos acueductos continuaban llevando ríos á las ciudades silenciosas, sin encontrar nadie cuya sed pudiesen apagar» (5).

¿No son estos signos de muerte? Lo mismo que un hombre cargado de años, el género humano siente que sus fuerzas se debilitan, y parece caminar á una disolución inmediata. Los emperadores hicieron vanos esfuerzos para contener la despoblación. Polibio, reconociendo la falta de hombres en Grecia, dice que el legislador podría remediar este mal obligando á los hombres á casarse y á mantener á sus hijos (6). Augusto empleó este remedio;

(1) Véase el tomo v de mis *Estudios*.

(2) GUIZOT, *Curso de historia moderna*, 2.^a lección.

(3) TACIT., *Annal.*, III, 54.—Compárese á CLAUDIAN., *de bell. Gild.*, v. 99 y sig.

(4) «El pueblo rey no fué nunca más que un populacho holgazán». NAUDET, *De la beneficencia pública entre los Romanos (Memorias del Instituto, t. XIII, p. 6)*.

(5) MICHELET, *el Pueblo*, 2.^a parte, c. 5.

(6) POLYB., XXXVII, 4, 8.

la famosa ley *Julia y Papia Poppæa* estableció penas contra el celibato y contra las personas casadas que no tenían hijos; concedió privilegios á los padres que tenían muchos. ¡Cosa singular y que prueba las proporciones del mal! Los dos cónsules que dieron su nombre á la ley no eran casados. El origen del mal estaba en la desmoralización y en el egoísmo: estos vicios no se curan por medio de leyes.

Como la despoblación aumentaba, los emperadores recurrieron á los Bárbaros para cubrir las bajas de las legiones. La vista del Imperio al alcance de los Bárbaros llenó de terror á aquellos Romanos que aún conservaban prudencia, si no patriotismo. Sinesio fué el intérprete de estos temores. Su discurso á Arcadio es un grito de angustia: «No pongais los lobos entre los perros, exclama: no lleveis la imprevision hasta la temeridad, admitiendo en vuestras filas una juventud numerosa, educada en costumbres extranjeras y que odia el nombre romano.» Pero ¿dónde habían de buscarse los soldados? El medio que Sinesio propone es un testimonio de la agonía de la sociedad romana: dice que se eche mano de los labradores y que se abandone á los Bárbaros el cultivo de los campos (1). ¡Así, pues, por todas partes aparecen los Bárbaros! Los mismos que los temen los llaman. Prueba evidente de que la invasión de los pueblos del Norte era una necesidad providencial. El mundo antiguo se encuentra tan agotado que por su movimiento propio va á buscar á los Bárbaros para recibir de ellos un poco de vida.

Estas trasplantaciones individuales eran insuficientes para regenerar un mundo que estaba condenado á perecer. ¿Cuál era, pues, el mal que minaba á la antigüedad? Los antiguos lo ignoraban; la posteridad ha proclamado por el órgano de los filósofos y de los historiadores que este mal era la esclavitud (2). La sociedad antigua, fundada en la servidumbre, violaba la ley fundamental de la humanidad; debía, pues, perecer. ¡Terrible lección de solidaridad dada á los hombres! Habían construido una sociedad

(1) SYNES, *de Regno*, p. 221.

(2) LEROUX, en la *Encyclopédie Nouvelle*, en la palabra *Igualdad*, t. IV, p. 624.—MICHELET, *Historia de Francia*, libro I, c. 3.

sobre la esclavitud, y esta sociedad murió de inanición. La rápida extinción de la población libre despobló los campos; los grandes propietarios, por otra parte, encontraban ventaja en sustituir los pastos al cultivo de las tierras y en reemplazar los cultivadores libres por esclavos. Durante mucho tiempo el número de esclavos fué creciendo; pero también perecieron á su vez. La Providencia protesta, por decirlo así, contra la servidumbre, invirtiendo las leyes de la naturaleza. La propagación de la raza humana encadenada se detiene; la libertad es una condición de vida. Para mantener la servidumbre se necesitan mercados de esclavos que cubran incesantemente las bajas que causa la muerte. Bajo la República, las victorias de las legiones suministraban esclavos en abundancia; pero como las grandes guerras y victorias cesaron con el Imperio, llegó á ser difícil la adquisición de esclavos; entonces el cultivo de las tierras fué abandonado por completo (1). El mundo romano estaba á punto de convertirse en un desierto, cuando la Providencia llamó á los Bárbaros á regenerar la humanidad, la cual recibía al mismo tiempo con el cristianismo una nueva vida moral.

La vida moral é intelectual se había extinguido al mismo tiempo que la vida física. Hemos citado algunos rasgos de los emperadores monstruos; hay todavía algo más triste que el espectáculo de un Imperio que se encuentra á merced de unos locos, y es el envilecimiento del pueblo que lo consiente. Tácito ha descrito en páginas inmortales esa esclavitud voluntaria, mil veces más humillante para la naturaleza humana que el más cruel despotismo. La fácil servidumbre del Senado disgustó á Tiberio (2). Puede excusarse ó explicarse al menos el envilecimiento de los grandes de Roma por el terror; pero el pueblo no tenía nada que temer, y sin embargo, rivalizó en bajeza con el Senado (3). La degradación de los Romanos arrancó á Tácito estas palabras, que no

(1) SISMONDI, *Historia de los Franceses*, t. I, p. 56-64.

(2) TÁCITO, *Ann.*, III, 65.—Siempre que Tiberio salía del Senado, exclamaba en griego: «¡Cuán dispuestos para la servidumbre están estos hombres!» Tanto desprecio, dice Tácito, inspiraba su abyecta y servil prostitución al enemigo mismo de la libertad pública.

(3) *IBID.*, *Ann.*, XIV, 13.

nos atrevemos á llamar crueles: «Cuesta trabajo no aborrecer á seres tan cobardes y tan envilecidos» (1). En semejante estado social, los Calígulas, Nerones, Domicianos, no son una anomalía: el pueblo es tan monstruoso como los emperadores. Así es que la decadencia continuó á pesar de los Trajanos y los Antoninos.

Los Romanos se habían rebajado á sí mismos á la condición de esclavos, y merecían ser tratados como tales. Montesquieu compara el Imperio con la regencia de Argel; era el reinado de la fuerza en toda su brutalidad. Para asimilar por completo el régimen de los emperadores al de los déspotas de Oriente, no faltaba más que el ceremonial de la esclavitud. Diocleciano lo introdujo. Las provincias, que al principio se habían alegrado de la caída del gobierno republicano, se vieron aniquiladas por las exacciones del fisco: «Si se quiere contemplar la agonía de un pueblo, dice Michelet, hay que leer el espantoso código mediante el cual trata el legislador de retener al ciudadano en la ciudad que le aplasta, que se desploma sobre él.» La opresión era tal que los provincianos deseaban la venida de los terribles Bárbaros y preferían las violencias de los Vándalos y de los Godos á la tiranía legal de los emperadores.

Gibbon compara á los Romanos degenerados con pigmeos. Si se consideran los sentimientos morales de aquella raza bastardeada, el espectáculo es todavía más triste. No existía ya lazo alguno entre los hombres, ya no había familia (2); el egoísmo disolvía la sociedad (3). Pronto llegaron á faltar nombres para los crímenes. ¿Cómo dar una idea de la corrupción del mundo romano? La capital del Imperio era como el centro de una inmensa orgía. No referirémos los excesos, los espantosos refinamientos del desenfreno que vinieron á ser las costumbres públicas de aquellos tristes siglos. «El pensamiento mismo se resiste á imaginarlos vagamente. Sucede con ciertos vicios enormes como con esos gran-

(1) TÁCITO, XVI, 16.

(2) Los pocos hijos que nacían del matrimonio ó del concubinato eran sacrificados sin vergüenza y sin remordimientos (TERTULL., *Apolog.*, c. 9).

(3) JUVENAL, *Sat.*, I, 112 y sig.—*Sat.*, XIII, 28 y sig.

des criminales que la ley espantada manda conducir al suplicio, cubierta la cabeza con un velo fúnebre» (1).

El paganismo no oponía ningún freno á este desbordamiento de pasiones; divinizando la materia, santificando el placer, apresuró la ruina de la antigüedad. ¿Qué podía hacer la inteligencia humana en aquella decadencia universal? Los Romanos no habían sido nunca aficionados á los trabajos intelectuales; en los últimos siglos del Imperio los abandonaron completamente. La poesía no tenía ya ideal en qué inspirarse; los tristes destinos de un mundo moribundo no encontraron historiador; la elocuencia degeneró en declamación, y se prostituyó en viles lisonjas ó disertó sobre asuntos frívolos; la jurisprudencia se convirtió en una ciencia mecánica y de compilación; la filosofía, esa gloria del mundo pagano, se vió arrastrada en la decrepitud general.

La decadencia moral de la antigüedad provenía de la falta de una creencia. Jesucristo trajo gérmenes de regeneración. Sin embargo, la disolución de la sociedad continuó á pesar del cristianismo. Hay más: el Evangelio mismo se vió viciado por el contagio de Roma. Tan cierto es que la religión cristiana hubiera sido impotente para salvar el mundo. Y es que había un vicio en el estado social, que no podían curar los discípulos de Cristo, porque aceptaban y legitimaban, por decirlo así, la esclavitud. Falta, además, á la antigüedad el espíritu de libertad, sin el cual no hay vida: los cristianos carecían de él lo mismo que los paganos. Hé aquí por qué el mundo antiguo tuvo que perecer para hacer lugar á los Bárbaros.

(1) LAMENNAIS, *Ensayo sobre la Indiferencia*, c. x.

INDICE DEL TOMO TERCERO.

	Páginas.
INTRODUCCION.	
§ I. El Oriente, la Grecia y Roma.	5
§ II. Derecho de guerra de Roma. Su mision.	8
LIBRO PRIMERO.	
LA REPÚBLICA.	
Capítulo I. El Derecho fecial.	45
§ I. Los Romanos no han tenido derecho de gentes.	45
§ II. El Derecho fecial.	49
§ III. El Derecho de guerra.	23
§ IV. Los tratados.	26
Capítulo II. Roma é Italia.	29
§ I. Tiempos primitivos.	29
N.º 1. Guerras.	29
N.º 2. Relaciones internacionales.	34
§ II. Guerras con los Samnitas.	35
Capítulo III. Preparacion de la unidad italiana.	45
§ I. La unidad romana.	45
§ II. Lucha de los patricios y plebeyos.	46
N.º 1. Los patricios. Los clientes. Los plebeyos.	46
N.º 2. Lucha de los dos órdenes.	50
N.º 3. Resultado y apreciacion de la lucha.	62
§ III. Asociacion de los vencidos.	67
N.º 1. La hospitalidad.	74
N.º 2. Los municipios.	83